



LAS CENIZAS DE PHOCION.

La vida y la muerte de Phocion, contadas por Plutarco, inspiraron á Poussin dos de sus más bellas composiciones. La que reproducimos aquí tiene por epígrafe estas palabras: *Phocionis post mortem in hac imagine redivivi fortuna series*. En esta imagen están reasumidos después de su muerte los destinos de Phocion. Es una especie de apótesis filosófica, sin elementos sobrenaturales, que resulta de la composición del paisaje. Todos los detalles tienen una significación simbólica; todas las partes del cuadro contribuyen á formar una noble alegoría de la sabiduría y de la virtud, experimentadas por los halagos y los reveses de la suerte. Allá abajo, detrás de las colinas que se hallan sembradas de grandes edificios, está la ciudad de Periclés, la brillante Atenas, centro tumultuoso donde se reunían las seducciones y los peligros de la vida. El sábio, después que ha cumplido sus deberes de ciudadano, se retira de la confusión y busca lejos de las ambiciones el reposo del corazón y del pensamiento, y pidiendo á la naturaleza la tranquilidad de alma que turban las ciudades, habita el elevado templo de la sabiduría, al pie de los montes, enfrente de risueñas arboledas, bajo un cielo limpio y puro. Pero sobre la montaña se forman nubes espesas, la cima de ellas sufre los efectos de la tormenta, y la morada del sábio está demasiado cerca del cielo para no atraer también la tempestad. El filósofo Phocion será visitado por el infortunio. La patria solicita el valor de su brazo, la luz de su talento; abandona su querida morada para combatir al extranjero, para hacer oír el lenguaje de un hombre de bien al pueblo de Atenas, demasiado propicio á escuchar á los charlatanes. ¿Qué premio pide él en recompensa de tales servicios? El derecho de volver á los campos, donde el trabajo y la meditación ocupan sus horas. El pueblo admira por de pronto una virtud tan pura, pero viene un día en que la opinión pública se ofusca, y celosa de este grande hombre, condena al héroe filósofo á beber la cicuta. Como entró Edipo en el bosque sagrado en que debía encontrar la muerte, Phocion avanza también con paso firme hácia la tumba, donde duerme al fin bajo una losa, á la sombra de

los árboles que antes le prestaron abrigo, en aquellas poéticas soledades donde él solía meditar sobre las vanidades del hombre y la inconstancia de la fortuna.

El efecto de esta bella pintura es sumamente agradable: no pueden interpretarse con más nobleza y dignidad la impotencia de las vicisitudes del destino, para abatir una alma grande. La de Phocion anima realmente todo este paisaje; el último término es de una grandeza imponente: peñascos soberbios, rocas escarpadas, nubes espesas; pero la calma aumenta á medida que se desciende al llano: escenas dulces, aspectos tranquilos, conducen por grados hasta las espesas sombras bajo las cuales descansa el sábio en su última morada en eterno reposo. La combinación calculada de esta pintura, recuerda las palabras que dijo un gran poeta al espirar. ¿Cómo os sentís, le preguntaron? Cada instante más tranquilo!... Estos fueron sus últimos acentos.

FERNANDO GALLEGOS.

¿Cuál es la causa de que el torrente de la civilización haya ido orillando las bellas artes, es decir, la pintura y la arquitectura, que en siglos no lejanos daban tan poético aspecto á nuestras poblaciones? ¿Será que la ciencia desdén por humilde su compañía? ¿Será que las ha matado la imprenta, como decía Victor Hugo?... No es nuestro ánimo resolver ahora estas cuestiones; parécenos sí que la variación del espíritu de los tiempos ha traído también esa mudanza en el giro de las artes; parécenos que durante la época en que principiaban á brotar las ideas de reforma en la filosofía, la política y la religión, en que latía en los pueblos un corazón caballeresco, en que las guerras se encaminaban al triunfo de una idea, la pintura y la arquitectura podían desplegar todo su idealismo en los lienzos y en las piedras: y parécenos que ahora, cuando el afán de

la ciencia se cifra en la producción de la riqueza, cuando las almas despiden un sonido metálico, cuando los conflictos (ya que no guerras) son conflictos de bolsa y de comercio, solo toca construir fábricas, almacenes y caminos. Y no es lo malo esto, sino el que se destruyan los legados de la edad pasada, y queden solo montones de ruinas para recordar las antiguas bellezas artísticas. Merced á semejante inclinación de los tiempos, apenas se conoce ya el nombre del pintor salmantino *Fernando Gallegos*.

No podemos fijar exactamente el año de su nacimiento; debió verificarse pasada la primera mitad del siglo XV, y sobre los años inmediatos al de 1470. Conviene no confundir á este pintor con un *Francisco Gallego*, escultor y también vecino de Salamanca, que en unión de Antonio de Paz ejecutó las molduras de borones, santos y escudos de la sacristía y capitulo de San Estevan, cuyas obras dirigió en su totalidad *Alonso Sardiña*, y costaron 470,000 rs. Se inclina Ceán á creer que estudiase con Pedro Berruguete, padre del famoso pintor, estatuero y arquitecto Alonso, de quien existen bastantes obras de todo genero en Salamanca. Esta creencia no se halla justificada con dato alguno, puesto que ni consta la venida del Pedro á dicha ciudad, ni por mas que se diga es tampoco seguro que Gallegos saliese á aprender su arte á otro punto. No hemos hallado noticia de obras suyas fuera de la ciudad referida, lo que dá derecho á creer que debió consumir la mayor parte de la vida y del ingenio en su recinto. La escuela de los Berrugetes tuvo en verdad mucho auge, y no cundió poco entre los artistas de Salamanca; basta en prueba considerar el gran número de edificios que en ella se distinguen por su fachada de dos cuerpos, adornados con elegantes columnas adheridas á la pared, y medallones que encierran bien acabados bustos; señales todas del estilo arquitectónico de Berruguete. Pero esa escuela parece que fué introducida por el Berruguete hijo, y como Gallegos era coetáneo suyo (mayor que él algunos años), es claro que no puede existir entre ambos mas relación que la de haber aprendido estudiando unos mismos modelos.

Dominaba entonces el estilo de Alberto Durero, y fué imitado por Gallegos con tal acierto que fácilmente pudieran confundirse sus cuadros con los de aquel maestro; al menos nótanse en ellos las mismas formas de dibujo, una atinada imitación del natural, y el brillo, buen gusto y efecto del colorido. A causa de esa semejanza, sin duda pudieron algunos reputarle discípulo personal de Durero; murió en su patria, Salamanca, el año de 1530, habiendo alcanzado una avanzada edad.

Con mucha frecuencia ha de engañarse el que busque acontecimientos novelescos en la vida de los artistas y de los sábios: hombres de pensamiento y no de acción, su historia ni la de las ideas, sus hechos son las obras en que dejaron grabado el sello de su alma. Pocas son las que el descuido de los hombres y la injuria de los años han salvado entre las del pintor objeto de este artículo. En el claustro de la Catedral Vieja, había un San Ignacio martir, de relevante mérito, según personas entendidas cuentan: una Virgen, San Miguel, San Antonio, y la Adoracion de los Reyes. Adviniendo al través de la espesa capa de polvo que los cubre, nos parece haber encontrado los tres últimos: El de la *Adoracion* es notable por su composición, por la suavidad de los colores, y por la belleza de las figuras. La Virgen, cubierta con un manto azul, tiene esa hermosura propia de un rostro en que brilla amoblada cierta pureza como infantil, sombreado por el rabello de oscuro color de oro, cual se observa en muchos cuadros de aquella época: está presentando el niño á uno de los reyes arrodillado delante, que tiene en la mano una especie de copa; detrás de la Virgen asoma la cabeza de San José, y á lo lejos se divisan las torres de una ciudad. Este, lo mismo que los otros dos citados, se halla pintado en la pared, y lamentablemente destruido. Donde mejor se conoce el mérito de Gallegos es en el lienzo (ó tabla) que en buen estado existe en la capilla de San Antonio de la Catedral nueva, y representa también á la Virgen con el niño; y en otro que se halla sobre un sepulcro de la Catedral vieja, figurando á San Andrés. Atribúvesele igualmente el San Gerónimo que está por cima de la puerta de la capilla de la universidad. Acaso existan mas en los templos de la población; y aun recordamos haber visto hace tiempo en uno de los conventos de monjas (el de Santa Ursula), en cuyos claustros interiores había cuadros notables, algunos de corto tamaño, que servían de adorno

á una capilla ó retablo, y que parecían ser del mismo artista.

Lástima es que no se cuide de evitar la pérdida de tan preciosos restos, bojas mal tratadas del libro de nuestras glorias!

A. GIL SANZ.

LA CUARESMA.

Concluyó el carnaval, y con él sus risas y su algarazá. Descanse en paz! El tiempo santo en que hemos entrado indemnizará acaso con sus abstinencias de las gulas desenfrenadas de carnestolendas? Ay! no; que si seguimos la historia de la cuaresma, hallaremos cuán diversa es ahora su índole de la de los tiempos en que se instituyó!

La institución de la cuaresma remonta, según algunos, hasta los apóstoles; y la prueba que dan es que no se halla establecida por ninguna ley de la iglesia, la que solo se limita á dar reglas para su observancia. Esto podría probar también que no había sido establecida anteriormente por ninguna ley, sino solo por la costumbre; pues de no ser así, por qué no se presenta el mandato de los apóstoles que sirve de base á las posteriores disposiciones reglamentarias? Otros atribuyen esta institución al papa Telesforo, que murió en 164, y fué el mismo que mandó se celebrase la misa del gallo.

La observancia de la cuaresma no consistía entonces solamente en la abstinencia absoluta de ciertos alimentos, sino en no hacer uso hasta despues de puesto el sol de los que eran permitidos. Esta práctica se tomó sin duda de los judíos, como otras muchas cosas de su ley. Todos los pecados se espiaban entre ellos con la abstinencia, así como con la abstinencia se preparaban á las grandes acciones; Judith, antes de ir á cortar la cabeza á Holofernes; Esther, antes de presentarse á su real esposo á pedirle que ahorcara á un ministro; el jóven Tobías, antes de ocupar el lecho nupcial de la hija de Raquel que llevaba siete maridos: todos estos santos personajes se habían preparado para estos actos animosos por medio de la abstinencia. Moisés ordenó frecuentemente el ayuno, en razon á las dificultades que hubo de hallar para mantener su pueblo en el desierto. Pocos ignoran como este gran legislador sabia llamar la religion en ayuda de la política. Los profetas le ordenaron también, pues conociendo lo carnal que era el pueblo hebreo, era el ayuno la penitencia mayor que podían imponerle.

La observancia de la cuaresma, que fué voluntaria en los primeros tiempos de la iglesia, llegó á ser obligatoria en lo sucesivo, en términos de haberse mezclado en ella la autoridad temporal, tanto que fué sentenciado á muerte un infeliz por haber comido un pedazo de carne de caballo arrojado á un muladar.

A medida que ha ido habiendo mas ilustracion, ha ido siendo menos severa esta disciplina, y ya los tribunales civiles no se entrometen en lo que es puramente un caso de conciencia; y hasta la misma autoridad eclesiástica se ha visto en la precision de autorizar lo que no podia impedir; así es que se halla ahora permitido el uso del vino, huevos y lactiños, que hasta el siglo octavo estuvo severamente prohibido.

Eran diferentes los grados de abstinencia en tiempo de la primitiva iglesia: los unos observaban la homopagia, ó no comer nada cocido; otros la jeropagia, ó limitarse á viandas secas, absteniéndose no solo de carnes y vino, sino de frutas yinosas suculentas, comiendo únicamente pan, nueces, almendras, dátiles y otros manjares por el estilo; otros se contentaban con pan y agua. Los anacoretas y monjes del desierto observaron la cuaresma con austeridad aun mas rigorosa....

Peró por muy edificante que todo esto sea, preguntad en casa de Lardy ó en la pastelería si todos estos tormentos voluntarios son agradables á Dios. No nos dió él el apetito? cómo, pues, puede ser un bien la abstinencia? No nos manda que conservemos la vida, y no tiene la bondad de advertirnos que comamos para mantenernos? Destruir nuestra salud, no es atentar contra nosotros mismos, no es destruir su obra? El ayuno, que debilita el estómago, no puede ser agradable á la divinidad, como no lo es tam-

poco la glotonería que le arruina. Si por ventura el hombre que se priva de alimento por ayunar le diese al que carece de él! Pero, ¿quién pueda decirse que aprovecha el ayuno en este mundo terreno? Dícese que rescata los pecados... Ah! los que ayunan no son siempre los que han pecado! Sin embargo, en economía política no deja de tener el ayuno su utilidad, pues lo que se consume de menos en carne se consume de más en pescado: el precio de la merluza, del salmón y del paje, sube al doble, y esto redundará en beneficio de los pescaderos.

Bien sabía esto el papa Clemente XIV, que era un papa tan inflexible cual tantos otros. Como le digesen que cierto derecho que iba á establecer sobre las mercancías extranjeras podría indisponer á los ingleses y holandeses:—Bien, contestó riéndose, si quieren tomarlo á mal suprimiré la cuarentena.

Conocía bien este papa que allí, donde estaba la forma de ayuno, y la abstinencia de carnes, se escondía el interés mercantil y el agiotaje con la venta de pescados.

Por manera, que la cuarentena hoy día es para muchos una ocasión más propicia de satisfacer un gusto y de dar recreo al paladar. Esto en cuanto á los marjares; y respecto á la privación de algunos de ellos, ó no se observa, ó de observarse es como mera rutina, en la que no entra la devoción para nada. Los que pretenden que ayunan, y no tienen la suficiente franqueza para quebrantar el precepto, cometen una hipocresía que debe malquistarles muy mucho con la divinidad. Llámase ayunar, ó mejor dicho guardar la forma del ayuno, el tomar su chocolate por la mañana con sardas tostadas, comer luego abundantemente, y saborearse con pescados escitantes y potajes apetitosamente condimentados, y hacer á la noche una colación que entone admirablemente el estómago; y hay personas que teniendo por costumbre todo el año repartir sus comidas en este mismo orden, porque en cuarentena varían algún tanto los alimentos, ya se creen con derecho á decir que ayunan, é insultan de este modo las prácticas de una religión cuya índole es tan diversa!

Más, si todas las cosas se prostituyen y se vician, había de quedar incolume una institución que tan poco halaga á los sentidos. Ay! pobre cuarentena! quién te dijera que tu austeridad podría dar nunca paso á apetitos sensuales!

A...

LOS ÚLTIMOS AMORES.

—No veis punto al marqués de Astorga, y entre los coches y palafrenes de respeto, una dama que monta un alazan?

—Sí, y el que apenas puede contener aquel jóven caballero. Ah! buen golpe de mano; si no se lanza á sujetarle con entrambas el caballo le despiende de la silla.

—Áirosó anduvo el de Santiago!... Con qué soltura se arrojó de su castaño, y con qué desembarazó refrenó el de la linda señorita!

—Calla; y es la sobrina del marqués de Jódar...

—Y él el jóven don Alvaro de Figueroa.»

Durante estas últimas contestaciones, don Diego mordióse los labios con tanta cólera, que se los tiñó en sangre. Pasaba su mano trémula por la empuñadura de su brillante espada, y sin ser dueño á contenerse, al observar que don Alvaro ocultaba un guante y recibía una sonrisa de la hermosa marquesita, le arrojó el suyo con tal fuerza y con tan feliz tino, que pegando en el boquete con plumas del galán caballero, se lo echó por tierra. Alzó don Alvaro los ojos: se encontraron las miradas que deseaban encontrarse, y recogió el guante y el sombrero del suelo. Púsose el segundo saludando á la hermosa dama, y guardó el guante en la bordada mantilla de su palafren, sobre el cual montó con gentil gracia y soltura, y metiendo espuelas al impaciente bruto, se unió en breve á la comitiva que había acabado de pasar.

En aquel momento se oyó un golpe en la puerta: retiróse don Diego del balcón, la abrió, y se encontró cara á cara con Tomasillo.

—Y el asesino? le preguntó con voz sorda y terrible.

—Estará pronto: á media noche.

—Sígueme, que es fuerza averiguar la posada de ese dонец! Don Fadrique, don Gonzalo, hasta la vista! Antes que pudiesen darle contestación, don Diego bajaba las escaleras poco menos que volando. Apretó el paso seguido de su leal escudero, hasta que pudo alcanzar la comitiva que se detuvo para que entrase la reina en la Iglesia de Santa María, y á conveniente distancia pudo enseñar á Tomasillo el hombre á quien desde aquel punto aborrecía mortalmente, y cuya muerte tenía proyectada, por ser el rival favorecido que tantos obstáculos podía ofrecerle para el feliz resultado de sus últimos amores...

Antes de dar las once de aquella misma noche, don Diego sabía ya cuanto podía apeler. Don Alvaro se hallaba en casa del marqués de Jódar: ningún otro caballero asistía á su reducida tertulia; la calle en que vivía era estraviada y sola. El asesino se hallaba apostado á la cabecera de ella, y Tomasillo á la puerta de la casa del marqués, para preceder al jóven cuando saliese, y evitar que el asesino errase el golpe. Todo iba, pues, á medida de su deseo, Tomasillo había ideado para escitar la curiosidad del amante y hacerle salir antes de la tertulia, dar una música á la marquesita, y el mezclar su nombre en las copias, de cuya composición se había encargado. Don Diego convino en que el medio era á propósito, y entregándole un buen cartucho de escudos para que se refrescase el paladar los cantores, mandó que formasen corro y que empezasen el agradable concierto, quedándose él á alguna distancia, de simple espectador de cuantos sucesos acaecieran aquella noche, que prometían ser harto notables.

III.

En tanto que los músicos tocaban amorosas sonatas, y que el asesino permanecía apostado á la entrada de la calle, acciéndose el pomó del puñal matador que había de asegurar el golpe, en una de las estancias del antiguo palacio de los marqueses de Jódar, se entretenían en dulces coloquios la noble sobrina del marqués y don Alvaro de Figueroa.

—Serafina: la decía el jóven. Ya han trascurrido tres años desde aquel día en que os vi por primera vez. La ausencia, que asegura que mata los nacientes amores, ha sido la antorcha que ha iluminado el mío.

—Ah! don Alvaro; la ausencia es el mas terrible de los dolores; porque el alma vive de recuerdos, y los que son dulces y hermosos nos acorran, porque los lloramos perdidos; y los tristes y de funesta memoria nos martirizan, porque los vemos continuamente. Además, la profesion de soldado es poco propia para tranquilizar á los que por ellos suspiran. El amor desconfia. Las hermosas de otros países, el encanto de las campiñas extranjeras, la novedad de los objetos grandiosos que á cada momento se les presentan, producen sensaciones fuertes y profundas; y las que amamos tememos siempre que una impresion grande desvanezca el pobre interés que havamos sabido inspirar.

—El estruendo de las campañas, los nobles divertimientos de mi marcial profesion, no me han distraído un solo punto de vos, ni han borrado de mi memoria las amorosas palabras que os merecí á mi partida! Me hallo honrado con el mendo de una gineta; mi pecho se ve ennoblecido con la cruz de los caballeros de Santiago; mis prendas no os las encarezco, porque vuestra amabilidad y compasiva ternura las han realzado cuanto era imaginable, juzgándome digno de merecer las vuestras; solo os hablo de mi corazón triste y doliente, porque no está unido al vuestro con los lazos que hacen inseparables las vidas. Ah! Serafina hermosa, me permitiréis que hoy hable á vuestro tío, y que le interese en nuestros amores?

—Señor don Alvaro; vos que siempre habeis comprendido el lenguaje mudo de mis ojos, no adivinareis ahora lo que os significan con su vergüenza?

—Ah! que feliz me haceis!

—Y sin embargo, así desconfiais á vuestra pobre Serafina, que solo algunas noches la favoreceis con vuestra amable compañía, y apenas os dejais ver á la luz del sol en las largas horas del día; largas sí, porque mi corazón os espera desde el momento mismo en que os separais de mí.

—Cómo he podido mereceros tan extraño ternura!

—Simpatías del alma! Segun Quiteria esa propension inimitable é invencible hacia una persona es casi siempre una prueba segura de una pasión lamensa y poderosa, pero

al mismo tiempo es anuncio de alguna desgracia inevitable.

—No os fiéis de vanas profecías. Esa dueña os ha trastornado el juicio con sus misterios y adivinanzas, y Dios quiera que un día no tenga yo que pedirle cuenta formal del daño que os ha causado, haciendo vuestro corazón tímido y supersticioso para todo. Pero olvidemos esto; el corazón también es hechicero cuando está enamorado como el mío. Yo os haré conocer mis artes milagrosas, y procuraré ocultaros bajo el velo de una felicidad verdadera los negros fantasmas de un porvenir engañoso.

—Don Alvaro, si: yo creo en vuestro amor como en la religión de mis padres: acaso en vuestros brazos y cuando me sienta estremecida por los violentos saltos de vuestro corazón apasionado, acaso entonces dejaré de dar crédito á los tristes vaticinios de Quiteria.

—Como gustéis, pero permítidme, os repito, que mañana venga á ver á vuestro anciano tío y á suplicarle que me conceda el derecho de haceros feliz. Apoyareis mis intenciones?

—Mi corazón lo desea, aunque mis labios acaso no se atreverán....

—Por fortuna, sin faltar á tu modestia, exclamó el marqués, presentándose de improviso á la vista de los asombrados amantes; por fortuna, yo sé tus sentimientos, estimo las prendas de don Alvaro, y me complazco en que tu cariño sea digno de mi aprobación.

—Señor marqués....

—Noble joven, no teneis por qué ruborizaros: el amor, aunque parece una pasión débil, cabe bien en el alma de un soldado, y me complazco en ver tan humilde, confuso y tímido delante de un anciano, y á los pies de una doncella, al gallardo capitán que tan resuelto, animoso y desembarazado se presenta delante de los arcabuces enemigos. Dadme esa mano. La mía se ha estrechado en muchos encuentros con la de vuestro anciano padre, y me huelgo que se me depare esta ocasión en que renovar nuestras antiguas relaciones. Y tú, Serafina, levanta los ojos, y fíjalos en objetos menos insensibles que esos mármoles fríos.

Levantólos del suelo la honesta doncella, y los clavó temerosa en los del entusiasta doncel, refugiándose en seguida en el seno del marqués, que la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

En aquel momento sonó una voz robusta y melodiosa, entonando una espresiva tirana, en la que se ponderaban las ansias de un amador desdenado, y en la que se encarecía la hermosura de Serafina. Pasó una nube de disgusto por la frente del marqués, el cual, despues de escuchar en silencio la estrofa, le preguntó á don Alvaro con voz alterada y fuerte:

—Supongo, amigo mío, que no seréis vos tan poco mirado por el buen nombre de la que os ha de pertenecer como esposa, que hayáis consentido que se la cante por esos vociferos rondadores?

—Señor marqués, entiendo tan poco de galanteos, que solo á mis ojos y á mis suspiros les he confiado el mensaje de mi cariño; así que me estraña, y me ofende como á vos la música, que sin duda ninguna se dirige á esta señorita.

—Yo ignoro, prosiguió Serafina, quién pueda ser tan poco respetuoso con vuestro nombre; pero, lo que de mí puedo responderos es que jamás he dado ocasión á semejantes licencias, pues no ha llegado mi curiosidad ni aun á abrir las colasías de mi aposento; y aun por Madrid vos sabéis que no heuras transitado sino el día de la entrada de nuestra angosta reina.

—Es verdad.... y los músicos no tienen traza de dar fin tan pronto á sus conciertos, pues veo que comienzan una nueva tonada....

Interin el marqués descorria uno de los largos cortinajes que cubrian los balcones, don Alvaro dijo á Serafina:

—Serafina, habeis olvidado el lance de la carrera?

—No, nunca; pues estivo á riesgo mi vida, si no os hubierais arrojado con peligro de la vuestra á sujetar mi indómito caballo.

—No os pido que tengais tan presente lo que hice por vos, cuanto lo que por vos me hicieron!

—Don Alvaro!

—Aquí, junto á mi corazón, guardo el guante....

—Por Dios!

—Será acaso el rondador?....

Miserables, exclamó el marqués retirándose de la celosía; para que no quede duda ahora la llaman la marquesita.

Mendo, Rodrigo, bajad al instante, y hacer desocupar la calle, rogando á esos señores músicos que nos escusen sus festejos, porque hay enfermos en la casa.»

Bajaron Rodrigo y Mendo á hacer presente la voluntad de su señor, pero como tardasen en volver á dar cuenta del resultado de su comisión, y sintiéndose de cuando en cuando voces descompasadas como de reyerta, el marqués, seguido de don Alvaro y de algunos servidores de la casa, que se habian armado de broquetes, acudieron á la portería. Y fué á la verdad en la sazón poco oportuna de ver á un desconocido descargar á don Rodrigo un fuerte cintarazo con la espada desnuda en medio de la cabeza, y con tal furia, que le hizo caer en tierra sin sentido. Don Alvaro reconoció al caballero del guante, é impulsado de sus celos, y escitado por la coharde accion del desconocido, sacó su espada y se adelantó á su encuentro. Desordenáronse los músicos, rodaron por tierra las guitarras y los instrumentos; brillaron los estoque, y comenzó una mortal reñinga, en la que á los primeros encuentros don Alvaro atravesó el pecho de una estocada al desmandado galanteador. Aumentóse la gritería, redoblaron las cuchilladas; acudió gente de justicia, y á su aparición desbandáronse los músicos llevándose al herido. Una parte de la ronda siguió á los fugitivos, y la otra entró en el palacio del marqués á tomar nota de cuanto habia pasado. Durante los interrogatorios de ordenanza, don Alvaro habia subido precipitadamente la escalera, guiado de un ay temeroso y penetrante que se habia clavado en el alma. Al llegar á la puerta del salon tropezaron sus pies; se detuvo, y gritando con descompasadas voces y pidiendo auxilio, se apoderó con ansia frenética del cuerpo de Serafina, la cual, acudiendo azorada al ruido de los aceros, habia tropezado y caido, hiriéndose en la frente contra el anden de la marmorea escalera, que en algunos puntos se veia salpicada de sangre.

El fin de tan borrascosa noche fué mas satisfactorio de lo que debía esperarse de tan negros principios, merced al valimiento del marqués, en cuyo obsequio el señor alcalde de casa y corte anduvo atento cuanto era de esperar en un magistrado. Como no apareció cuerpo del delito, y como las jentes del marqués habian sido provocadas por aquellos pertinaces músicos, el juez se contentó con mandar que don Alvaro permaneciese en reclusion en aquella casa, y bajo su palabra, durante tres ó cuatro dias; tiempo en el cual podria vislumbrarse si habia tenido funestas resultas su lance nocturno. Despidiéronse cortesmente; acudieron á Serafina, prodigáronla cuantos remedios pudieron encontrar á mano, y á poco tuvieron el placer de verla abrir los amorosos ojos, como si despertara de un agradable sueño. Quiso hablar, pero don Alvaro se atrevió á poner su mano sobre sus labios, para que no pronunciase una sola palabra, y el marqués estrechando con interés las de entrambos jóvenes les dijo: «Pronto acabarán vuestros temores y vuestras pesadumbres. Confiad en Dios y en mi palabra.»

Quiteria, la dueña, se apareció en aquel momento en la puerta de la sala, y acudiendo á sostener á su señorita, añadió en voz baja: «El hombre propio y Dios dispone.»

IV.

Acaso no pesará á nuestros lectores el conocer mas á fondo á la dueña Quiteria, de cuyas artes mágicas han oido á don Diego y á Serafina hacer grandes encarecimientos. Sírvanse pues, entrar con nosotros en la misma taberna en que pasaron los primeros coloquios de esta no peregrina historia, y oirán la estraña conversacion que seguia con Mariquilla la Pelona, su hija sobrina, y con el travieso Tomasillo, el disponedor de las cerraduras y conciertos nocturnos.

«Maruja de mis pecados! Cuando te convencerás de que la esperiencia es madre de la ciencia, y de que tu tia, que te ha sabido acomodar honestamente con el señor Juan, no te aconsejaria cosa ninguna que pudiese estar mal á tu sangre.

—Cierto que no, replicó Tomasillo; y no dice mal mi estimable dueña y señora doña Quiteria: la pura y limpia alcurnia de Mariquilla no se empañaba con acceder á nuestra demanda.

—Mas teneis de deslenguado y sacaron que de discreto y atento, seor paje; y no porque veais á esa pobre paloma

detrás de un mostrador y entre pellejos, os vayáis á figurar que no nació en buenos pañales.

—Permitidme que os interrumpa, pues así era mi ánimo traer á colación el abolorio de la susodicha Marica, como el de privarme de la buena opinión que siempre he merecido á la amable y piedadosa dueña, por la que estoy resuelto á hacer cuantos buenos oficios se me demanden. Repito y concluyo diciendo, que á entrambas estimo y venero con la estimación y veneración que cabe en alma de paje; ni me olvido yo que por las niñas de esos ojos he padecido más de cuatro tentaciones pecaminosas; ni mucho menos que vuestra caridad, mi amabilísima dueña, ha socorrido en algunas ocasiones con sentos maravédises mis estrujados bolsillos. Solo una partida me habeis jugado, que necesito toda la longanidad de mi alma para dispensársela.

—Y cuál es la partidilla que os escuece?

—La de haber entregado esa inocente polama, como vos la llamáis, al buho mas feo de la provincia.

—Pero olvidáis que ese buho tenía un nido cómodo y agradable que ofrecer á su pareja, mientras que vos estáis á la merced de los que os hacen andar como caballera de reata? Debiérais agradecerme que miré por su bien, y que aseguré su porvenir; y en verdad, en verdad, señor escudero, que el cura párroco tiene mas culpa en lo que vos llamáis contratiempo, que la que á mi cabe, bien que ninguno la tenga en este caso, puesto que aunque os hemos quitado la esperanza de conseguirla como esposa, os hemos acrecentado los deseos de poseerla como amante, y aun facilitado la conquista.

—Cómo es eso, tía? preguntó vivamente Mariquilla, que hasta entonces había permanecido pensativa y escuchando maquinalmente la conversación.

—Como son otras muchas cosas, sobrinita. La privación es causa del apetito. Basta que haya una prohibición para que se nos despierte el deseo de comer del fruto prohibido. Tal ejemplo nos dejó aquella Eva de mis pecados, por quien nos vemos en este pícaro mundo remando como negras. Y para qué? Para llegar á viejas, que es la mayor calamidad de cuantas calamidades pueden afligir á quien tiene entendido que fué bonita, memoria de que se lo digeron, y esperanzas de que no se lo volverán á repetir.

—Poco á poco, que mientras haya galanes como Tomasillo, no habrá nunca dueña desatendida, ni vieja que lo sea.

—Señor Tomás, dijo entonces Mariquilla, clavando en el paje una dulce y penetrante mirada, en la que se hubieran podido traslucir por algun fisiólogo consumado las ansias secretas que sin duda atormentaban á la pobre muchacha, por comer de aquel fruto prohibido de que hablaba la dueña. Queréis decirme qué interés tenéis vos en que consienta en favorecer los planes de don Diego?

—Voy á explicaroslo, prenda. Desde que yo tiene encastillada ese celoso dueño que os llama suya, apenas se me depara el gusto de veros como no sea de reñilon y al paso, y aun para eso aprovechando los breves momentos que bajáis á la tienda: y esta vida no es para sacar de penas á ningún condenado, como yo, á morir por esos cuartos; y en el caso en que consistáis en acompañar á la marquesita, como pienso tambien entrar en la servidumbre, imajínome que no nos han de faltar ratos de desahogo, y tiempo para confesarnos y absolvernos de nuestras culpas, siempre que nos asista la fé necesario para encontrarnos en los callejones de la casa del marqués, y el propósito de la enmienda de nuestra timidez, compostura y recato; con el cual se ganará la vida eterna, pero perdiendo la salud y la paciencia; y con lo que enjorrandrá el alma, pero quedando el cuerpo delgaducho y flaco, como verbi-gracia, que dice el tío Juan, el mio, que pudiera bañarse desahogadamente en cualquiera de sus vasijas de vino.

—Vivo Dios! que abogais por la causa de don Diego con mas talento y eficacia que el que yo me imaginaba, y que no hay letrado que presente tan fuertes argumentos para convencer á una muchacha, como un galán enamorado.

—Verdad es que me siento inclinada á complaceros, que al fin, tía, vos me lo suplicáis... y...

—Y... tú no sabes negarme nada... Ya lo ois, Tomasillo!

—Ademas, me interesan las penas de don Diego.

—Y mas os conmoviera, si la viérais, aun no restablecido de su mortal herida, pasar la noche en vela, delirante, llamando con tristes y plañideras voces á su adorada é ingrata

Serafina, y revolcándose en la cama como un verdadero energúmeno.

—Si, si; yo no dudo sino por mi marido, que estrañará.

—Ya te he dicho que yo me encargo de convencerle. En primer lugar ahora tiene que hacer un viajecillo á la Mancha á la compra de vinos. Don Diego le ofrece doscientos escudos solo porque te permita durante un mes asistir al servicio del marqués de Molar, que pasa á Aranjuez con su sobrina, como de la servidumbre de la reina en esta jornada de primavera. De modo que al regresar de su expedición el señor Juan ya te encontrará en su casa.

—Y en su bolsillo los doscientos escudos, añadió el paje.

—Esa es cuenta para él. En fin, si vos os comprometéis á obtener su permiso... lo que es por mí...

—Pues entonces todo está corriente, dijo la dueña levantándose, y dejando caer sobre su frente la larga toca que la ceñía.

—Supongo, que no será para nada malo para lo que necesite de mi asistencia?

—No, Marica de mis ojos, exclamó Tomasillo. Cuanto se exige de tí es que ni veas ni oigas, ni hables una sola palabra. Quiero decir, que te hagas la ciega para permitir á don Diego alguna entradilla oculta á ver á su adorado tormento; que te hagas la sorda, si por alguna casualidad algun grito de sorpresa ó de temor de la inocente Serafina te llamase á su lado; y que seas muda, si por desgracia el marqués, que no gasta los mayores cumplidos, te amonestase amigablemente con alguna daga al pecho, ó prometiéndote alguna jaula en la galera el que descubrieses nuestras sencillas maquinaciones.

—Verdad es cuanto asegura el paje, y á fé de dueña y de honrada, y de doncella, á pesar de mis años, que así consentiré yo que toquen un pelo de mi marquesita, como que me arranquen las dos últimas y únicas muelas que aun me ayudan á tragar saliva.

—En este mundo no se hace otra cosa.

—En una palabra, sobrinita, cuando mujeres como yo toman cartas en una partida, es prueba de que la conciencia no se opone á ello. Aquí no se trata sino de asegurar la suerte de esa mal aconsejada doncellita, á quien los pocos años y los negros mostachos de un galante han sorbido los cascos, haciéndola desdeñar las nobles prendas y la sensada correspondencia de don Diego. Nosotros queremos ponerla en buen camino.

—Aun menos que eso, madre mia, interrumpió el paje. Nosotros lo que únicamente deseamos es quitar estorbos para que don Diego la lleve por el camino que mejor se le antoje.

—Y no podrá menos de autojársela bueno, puesto que sus sentimientos lo son y su fin igualmente! La oposicion que encuentra en el marqués, que le aborrece de muerte, le ha hecho decidirse á intentar este medio violento.

—Pero ello es que se trata de un rapto!

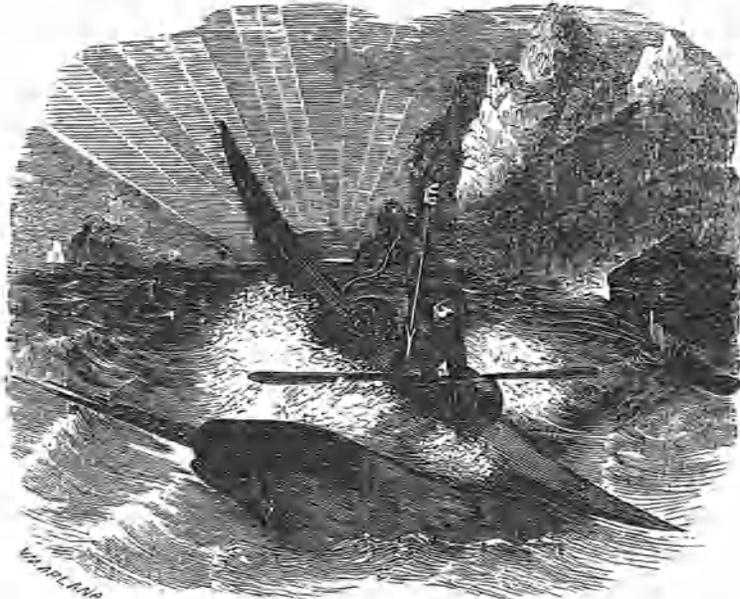
—No debes dar ese nombre á su amorosa tentativa. Trata si de apoderarse de Serafina, y de huir con ella hasta un lugar seguro en que hacerla su esposa. Qué muger no ha comprometido á los amantes infelices! qué corazón no se interesa por un hombre que se arriesga á tan comprometidos lanceos, impulsado únicamente por una pasión profunda y dominadora! Ay! Mariquilla, que sesenta inviernos no han helado todavía en el corazón de tu tía Quiteria la dulce llama...

—Dueña, reina y señora de todas las dueñas, no prosigais porque tambien me deshago como vos, y no es justo que tres personas de nuestra estofa se pongan á lamentar que tres personas como tres ebiquillos cultas apenas, cuando el y á gimotear como tres ebiquillos cultas apenas, cuando el que mas y el que menos necesita toda su alma para las propias.

Suspiró la dueña tristemente, siguió suspirando Mariquilla mas tristemente todavía, y concluyó el exa de aquellos dos suspiros otro aun mas triste todavía del travieso Tomasillo.

Trocaron miradas, estrecháronse afectuosamente las niñas, la dueña á Marica, Marica á la dueña, y el paje á entrambas, despidiéndose y quedando tan amigos, como lo quedan siempre las criadas, los pajes y las dueñas.

G. ROMERO LARRAÑACA.



El Narval ó Unicornio de mar.

Este animal, de la especie de la ballena, produce como ella una cantidad de grasa útil y considerable. También se saca partido del magnífico marfil del colmillo que tiene al extremo de la cabeza, á manera de una asta. Aunque respetable por sus dimensiones, el Narval es tímido é inofensivo, y el pescador no teme atacarle. El pobre habitante de la Groelandia se arriesga á perseguirle solo, sin espantarse de los treinta y seis pies de largo que suéle tener su enemigo. Comienza ante todo por preparar una canoa construida de una manera especial, y enteramente cubierta por una piel de vaca marina, en cuyo centro hace una abertura capaz de dar paso á su cuerpo; despues se pone un traje de la misma piel, bien ajustado á su cuerpo. Una vez en la canoa, ésta, por su hechura particular, flota siempre, aun cuando el mar esté alborotado, y aunque alguna vez llegue á sumergirse, poco le importa al pescador, que con un golpe de remo vuelve á levantarla prontamente, sin que, gracias á su traje, se haya mojado nada. Así preparado, con una lanza en la mano que tiene atada una cuerda al estremo superior, rema animosamente por medio de las olas. De pronto distingue un Narval: la blancura de su piel atigrada se destaca perfectamente sobre el agua; entonces el pescador avanza dulcemente y con precaucion, para no espantar á su enemigo, pero al mismo tiempo con ligereza, á fin de no perderle de vista. A una pequeña distancia le lanza con toda su fuerza el harpon; el animal se sumerge, la cuerda se desarrolla y sirve para sostenerle, hasta que como la ballena, tiene necesidad de salir á flor de agua para respirar, y se vá lentamente debilitando y dejándose conducir á la orilla, donde perece. Apenas puede comprenderse que la carne y la grasa de este animal pueda servir de alimento al hombre; sin embargo no por eso es menos cierto que la privacion de aquellos medios de subsistencia obligaría á algunos pueblos á perecer de hambre.

INVESTIGACIONES

SOBRE LAS DIVERSAS FORMAS DEL AÑO EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

El año ha sido la medida de tiempo adoptada en todos los paises, pero su division y duracion ha variado en las diferentes naciones, segun que han tomado por base de su calendario las revoluciones del sol ó de la luna, ó segun que le han acomodado á cálculos meramente civiles. Pueden dividirse los calendarios en las cuatro clases siguientes:

I.

CALENDARIO SOLAR.

Este calendario abraza el intervalo que media entre dos pasos de la tierra en el equinocio ó en el mismo solsticio. Este intervalo es de 365 dias, 5 horas, 48 minutos, 51 segundos, 21 tercios. Por la intercalacion de un dia cada cuatro años, el calendario solar hace que el año principie constantemente en la misma estacion y en la misma época.

II.

CALENDARIO LUNAR.

Para formar este calendario, no se consulta mas que el curso de la luna, que emplea 29 dias, 12 horas, 44 minutos, 3 segundos en volver á la situacion que ocupaba el mes precedente, con relacion á la tierra: resulta, pues, un año de 354 dias y unas 8 horas, cuyo principio no se arregla á ninguna época fija y recorra sucesivamente todas las estaciones.

III.

CALENDARIO LUNI-SOLAR.

Como lo indica su nombre, este calendario participa de los dos precedentes; es lunar en sus detalles, y solar en su totalidad. La duracion media de este calendario, como la del solar, debe ser de 365 dias y un cuarto.

IV.

CALENDARIO VAGO.

Este calendario, que pudiera llamarse igualmente *civil*, no se atiene en nada á los fenómenos astronómicos; su estension es fija y se compone de cierto número arbitrario de dias.

AÑO EGIPCIO.

En los primeros siglos los egipcios habian fijado el principio de su año en el equinocio de otoño, en el tiempo en que volvian á emprenderse los trabajos despues de la rotura de las aguas del Nilo: el equinocio de marzo se encontraba al fin de su estio.

Cuando Egipto pasó á la dominacion romana, los astrónomos de Alejandría, para corregir el defecto de su calendario y ponerle de acuerdo con sus dominadores, idearon añadir cada cuatro años un sexto dia *épagomène*, que colocaron entre el 28 y el 29 de agosto: el año así reformado tomó el nombre de *actiaco*, en memoria de la victoria que habia sometido á Egipto; hé aquí los nombres de los doce meses del año, puestos en relacion con los romanos:

Meses egipcios.

1 Thoth correspondiente al	29 Agosto
2 Paophi	28 Setiembre.
2 Athyr	28 Octubre.
1 Choiac	27 Noviembre.
5 Tybi	27 Diciembre.
6 Mëchir	26 Enero.
7 Phamenoth	25 Febrero.
8 Phormouthi	27 Marzo.
9 Pachon	26 Abril.
10 Payi	26 Mayo.
14 Epiphi	28 Junio.
12 Mésori	24 Julio.

Añadiendo á estos 3 dias *épagomènes* ó complementarios y un sexto cada cuatro años.

AÑO HEBRAICO Ó JUDIO.

El genesis nos dice que en su origen los israelitas contaban 360 dias en cada año. Despues de su salida de Egipto, adoptaron un calendario luni-solar: la institucion de la Páscoa, fiesta destinada á recordar su emancipacion del poder de Faraon, y que debia celebrarse siempre en la luna llena mas próxima al equinocio de la primavera, los obligó á ello. Su permanencia en Babilonia no cambió nada la forma de su calendario, pero dieron á sus meses los nombres de los meses babilonios. La duracion de ellos es alternativamente de 29 y de 30 dias. Sus años son simples é intercalarios; para formar estos últimos, se dobla el mes *Adar*, último del año, que toma el nombre de *Ve-Adar*. Tal es aun la forma del calendario que está en uso entre los judios. Los nombres y órden de los meses hebraicos son como sigue:

1 Nisan	30 dias.	8 Marchesvan	29 dias.
2 Yiar	29	9 Caslen	30
3 Sivan	30	10 Tebeth	29
4 Thamuz	29	11 Sabath	30
5 Ab	30	12 Adar	30
6 Eloul	29	13 Ve-Adar	29
7 Thistri	30		

AÑO PERSA.

El año persa se componía como el egipcio de 365 dias divididos en 12 meses, á los cuales se añadan 5 *épagomènes*. Cada uno de estos meses estaba consagrado á un géneo ó ángel cuyo nombre llevaba; así se conservó hasta el advenimiento de Alejandro al trono de Persia. Entonces fué rectificado no sin dificultad, porque la religion ofrecia un gran obstáculo; era preciso añadir dias al año, y como se hacia imposible crear nuevos ángeles, se convino en intercalar un mes extraordinario despues de cada periodo de 120 años, y colocarle sucesivamente despues de cada mes del año, cuyo nombre tomaria, haciendo así que cada uno de los ángeles pudiera tener por turno el nuevo mes bajo su proteccion.

En el siglo XI, hácia el año 467 de la hegira y 1075 de J. C. adoptaron los persas el sistema de intercalacion mas perfecto que se conoce.

Los meses de los antiguos persas no estaban divididos en semanas, pero cada dia tenía como los meses un nombre particular. Hé aquí los nombres y órden de los 12 meses:

1 Farvardin.	7 Mithir.
2 Ardibehesch.	8 Aban.
3 Khordad.	9 Ader.
4 Tir.	10 Del.
5 Amerdad.	11 Buhman.
6 Schahriver.	12 Istendrmand.

AÑO ARABE.

El año de que se sirven los árabes y todos los pueblos que han abrazado la religion de Mahoma es puramente lunar. No puede fijarse su principio, porque cada año retrograda 11 dias, recorriendo sucesivamente todas las estaciones. El primer dia del primer año de la egira, se ha fijado generalmente en el viernes 16 de julio, 622 de nuestra era: el primero de la segunda corresponde el 5 de julio 623; el de la tercera al 24 de junio 624 y así sucesivamente.

Los árabes fijan el principio de su mes por la primera aparicion de la luna creciente. Sus meses son compuestos

como los nuestros de semanas, de las cuales cada dia, llamado *ferie*, empieza por la tarde despues de puesto el sol. Aquí están los nombres y el órden de los meses árabes:

1 Monharram	30 dias.	7 Redjeb	30 dias.
2 Safar	29	8 Shaaban	29
3 Reby 1.º	30	9 Ramadan	30
4 Reby 2.º	29	10 Sdhewal	29
5 Djoumadi 1.º	30	11 Duso'lkaadah	30
6 Djoumadi 2.º	29	12 Duso'lkedjah	29

y 30 en los años extraordinarios.

(Se concluirá.)

El ajméz de la torre de las Infantas (1).

II.

Es alta noche: en el sueño
yace el mundo sumergido,
el aire se ha recogido
bajo del césped feríz:
tiéndense inmóviles las ramas
de los troncos: no se mueve
ni la ráfaga mas leve
ni el murmullo mas fugaz.

Silencio!—He aquí que en medio
del universal reposo
el mirador misterioso
se abre por primera vez.
La celosia dorada
se levanta: la cortina
se descorre y se ilumina
por de dentro el ajméz.

Y al pilar que en dos divide
el arco de su ventana
llega una figura humana
lentamente: una muger.
Sultana, esclava, cautiva,
jóven ó hermosa... ¿qué ojos
á altura tan excesiva
la podrán reconocer?

Apartó de ante su rostro
su blanco y flotante velo,
una mirada de el cielo
por la cavidad tendió,
y vuelta hacia el occidente
do ya tocando la luna
está, en la lengua maruna
y con voz triste exclamó:

—¡Un dia mas!—La menguante
»luna hácia la mar declina,
»y su carroza argentina
»toca al orizonte ya.
»Casto fanal de la noche,
»de los creyentes lumbrera
»que tu brillante carrera
»guje protector Alá!
»Vé en paz ¡oh, de las tinieblas
»sultana dominadora,
»pendon de la gente mora,
»lámpara de la oracion!
»y plegue á Alá que mañana
»cuando vuelvas por Oriente
»vuelva con tu luz naciente
»la luz de mi corazón!
»Vé en paz: y si sobre Loja
»al verter tu lumbrera pura

(1) No podemos menos de llamar muy particularmente la atención de nuestros lectores hácia el brillante trozo del Poema oriental de Granada que empezamos á insertar en el número anterior: este magnífico fragmento del trabajo colosal que prepara hace algunos años el mas inspirado y el mas querido de nuestros poetas, basta para aumentar la curiosidad del público, altamente escitada, en especial desde que tuvimos la buena suerte de poder dar á la estampa varios trozos del mismo. Hoy ofrecemos presentar tambien mas trabajos, así del señor Zorrilla como de otros poetas distinguidos con cuya colaboracion exclusiva se honra, como saben nuestros lectores, el SEMANARIO.

»encontráras por ventura
»á mi buen padre Ali-Athar
»con el príncipe mi esposo,
»que es la luz del alma mía
»diles ¡ay! que noche y día
»les aguardo sin cesar!—»

Dijo: y la frente apoyando
en el pilar arabesco,
dentro el marco pintoresco
del morisco mirador
quedó como una escultura
para su cuadro labrada
la mora desconsolada
á solas con su dolor.

Resalta á la luz de espalda
su contorno destacado
sobre el fondo iluminado
del aposento oriental:
y parece desde lejos
al genio de la pureza
que va á partir con tristeza
de una cámara nupcial.

Mas aquel busto tan noble
de suave y rubio cabello,
aquel nacarino cuello
pálido como el marfil,
aquel brazo modelado
por una Atica escultura,
aquella fragil cintura
y aquel todo tan gentil
asomado á tales horas
á una torre destinada
solo á las princesas moras,
al ojo menos sutil
desatan á la que ocupa
su misteriosa ventana
por la infelice sultana
esposa de Abú-Abdil.

Es ella, sí; allí pacenta
el dolor que la acongoja,
Moraima la flor de loja
la azucena de Ali-Athar,
la gacela de ojos garzos
cuyas niñas de azul cielo
eran fuentes de consuelo
para el viejo militar.

Hoy son ya fuentes de lágrimas:
sus abrasadas pupilas
no reflejan hoy tranquilas
la pura luz del placer.
Hoy la dulce paz del niño
su sonrisa no revela,
porque en sus labios la huela
el dolor de la muger.

Moraima, si, la mas triste,
la mas pura de las moras
pasa allí sus largas horas
en silencio y soledad.
Moraima que de su esposo
encadenada á la huella
con él de su mala estrella
parte la fatalidad.

La hermosa sultana pálida
de téz, mas de alma encendida,
es la que está distraida
en su agiméz oriental.
Sabe que Abdila está en salvo:
mas pronto que vuelva espera
á buscar la compañera
de su destino fatal.

Y vendrá: tambien lo sabe
cuando al ajiméz se asoma:
lo sabe si: una paloma
mensajero fiel de amor
por mano desconocida
enviada hasta su ventana
trajo un día á la sultana
un papel consolador.

Un africano, ginete
sobre un corcel del desierto,
llegó al camino encubierto

sobre el que la torre dá
con temeraria osadía,
y atada á un cordón de seda
la alzó hasta la celosía
diciendo:—«abrid Abdilá.»
Al ruido que en ella hicieron
las alas de la paloma
abre Moraima y se asoma,
y asiéndole con placer
mira al audaz que esto osúra:
mas él huyendo, por única
despedida en voz muy clara
dijo:—«Dios y Ali Macer.—»

Su pronta vuelta anunciaba
de el príncipe la misiva:
desde entonces la cautiva
cada noche le aguardó;
y aislada en aquella torre
y sin amigos por fuera
á Ali-Athar y á Abdil espera
como el papel prometió.

J. ZORRILLA.

GEROGLIFICO.



ADVERTENCIA.

El sábado próximo aparecerá el primer número de LA ILUSTRACION. Importándonos repartir con el SEMANARIO del domingo último el prospecto de este interesantísimo periódico; tuvimos que presentar, á nuestro pesar, los primeros y defectuosos resultados del ensayo que hicimos en la máquina, de trabajo acelerado; los que hemos conseguido despues, son tan ventajosos como pueden ver nuestros lectores en los puntos de suscripcion, y ahora nos encontramos en posicion de componer y estampar los números en 14 horas. Continúa habierta la suscripcion con rebaja para los abonados al SEMANARIO.

Dirección, Redacción y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. EN MES 4 rs. seis 20. EN AÑO 200. -Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Mateo, Juimebon, Gaspar y Roig, Raola, Poupart, Valls y la Publicidad, litografías del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 2 1/2, seis 4 1/2. -Remitiendo una libranza sobre correo franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerías.